

# Notas

## DOCTORADO HONORIS CAUSA PARA EL HERMANO DANIEL

*Discurso de Ernesto Bravo Betancur*

..

Por décima vez, en sus casi cinco lustros de existencia, congrega la Universidad Pontificia Bolivariana, a los miembros más preclaros de la sociedad, para exaltar el nombre de uno de ellos, que por ser notable servidor de la causa de la educación católica y notable por sus investigaciones científicas, merece ingresar en la "legión de honor de más noble estirpe".

La Universidad Pontificia Bolivariana, ha querido que sea su vocero en esta trascendental ocasión. Acepté esta honrosa a la vez que onerosa designación, en nombre de todos aquellos que como yo, tuvieron el honor de ser discípulos del Reverendo Hermano Daniel, para expresar al antiguo profesor, consejero y amigo, el reconocimiento y el afecto fortalecidos, más bien que apagados, a través de los años transcurridos desde que escuchábamos sus lecciones y consejos.

Las Universidades Pontificias, continuadoras de la tradición de la Iglesia en el incremento de las ciencias y de las artes, estimulan con la aquiescencia de la Santa Sede, expresada por medio de la Sagrada Congregación de Seminarios y Estudios Universitarios, a aquellas personas que consagran sus vidas a las letras, las artes, las ciencias y a la formación espiritual y material de las juventudes católicas.

El nombre del Hermano Daniel, de las Escuelas Cristianas, puede figurar, con igualdad de méritos y de honor, al lado de los nombres ilustres y egregios de Esteban Jaramillo, de Guillermo Jaramillo Barrientos, de Gonzalo Restrepo Jaramillo, de Mariano Ospina Pérez, de Miguel Moreno Jaramillo, de Juan de la Cruz Posada, de Francisco Marulanda, de Emilio Robledo y del Excmo. Señor Guillermo Escobar Vélez. He ahí, los nombres de las personas que constituyen la más preciada gloria de la Universidad porque han recibido de ella su máximo galardón.

En este acto solemne, realiza la Universidad también una labor educadora de alto significado y trascendencia. En efecto estimular a aquellas personas, que por su ejemplo y por su aportación a las distintas ramas del saber humano, merecen que su nombre se coloque como emblema digno de imitarse, es educar, porque ejemplarizando se educa. Se muestra así, a la juventud que le ha sido encomendada para su integración espiritual y cultural, cómo se premian, cómo se recompensan y cómo se galardonan, el estudio, la probidad intelectual, la inves-

tigación científica, el sacrificio, la consagración, los servicios prestados a la comunidad y en una palabra, la integridad cristiana de sus vidas.

Del espíritu del hombre proceden los pensamientos, las ideas que lo han de poseer, abarcar y transformar todo. Un solo pensamiento, una idea, es suficiente muchísimas veces para constituir la piedra de toque de los más grandes descubrimientos, inventos y triunfos. Porque no es gobernado el mundo por la fuerza del músculo o el poderío de un ejército, sino por la virtud del espíritu. "El espíritu es quien da la vida". La idea continua de lo breve y efímera que es la vida humana, impulsó al Hermano Daniel a emplear hasta el último instante de su vida en actividades provechosas: durante toda su existencia ha desplegado una inusitada diligencia como científico, investigador, educador y escritor.

Las ideas de la rapidez con que transcurre todo y de la existencia de otra vida inmortal, determinaron su vocación religiosa a la corta edad de trece años, en la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, de quienes recibió su primera educación. El Santo de la Salle ha sido el orientador de todas sus actuaciones para la educación de la juventud en la religión, las buenas costumbres, las ciencias y las letras.

En él, puede afirmarse que se cumple a cabalidad la ley enunciada por Berdiaeff: "El hombre, en su existencia terrenal limitada y relativa, no es capaz de crear lo bello y lo precioso sino cuando cree en otra existencia ilimitada, absoluta e inmortal. Solo el hombre espiritual puede ser un verdadero creador sumergiendo sus raíces en la vida infinita y eterna. La individualidad del hombre es fuerte, floreciente y consistente cuando admite y se somete a las realidades y a los valores superindividuales y sobrehumanos, y paralítica, vacía, marchita, desde el instante mismo en que los niega".

"La vida espiritual creadora, no incumbe únicamente a Dios sino también al hombre. Se ofrece a éste una inmensa libertad, que es el inmenso experimento de las fuerzas del espíritu. Dios mismo, por decirlo así, espera del hombre su acción creadora, su aportación creadora". Desgraciadamente solo unos pocos actúan de esta manera, porque la mayoría, en lugar de volver hacia El su imagen y de entregar a El la libre superabundancia de sus fuerzas, han gastado y destruído estas fuerzas, en la afirmación de ellos mismos, al gravitar sobre la periferia de las cosas.

El Hermano Daniel que no ha arrancado al hombre espiritual del hombre natural, puede ofrecer un inmenso y valioso inventario de realizaciones que benefician la cultura patria y acrecen la imponderable labor educadora de su comunidad. Son incontables sus trabajos de carácter científico, filosófico y aún religioso, elaborados en su franciscana y humilde celda en la cual se encuentran libros de estudio, "que dicen en tres o cuatro idiomas los desvelos de los grandes sabios y las inquietudes de aquellas personas que han luchado por desentrañar los secretos del mundo físico que nos rodea".

Sus actividades de científico e investigador las inició en compañía del Padre Rocherou, de la comunidad de los Eudistas, en la ciudad de Jericó, y a ellas se ha dedicado durante los 28 años que lleva en el colegio de San José. Los resultados de sus estudios e investigaciones científicas, son ampliamente conocidos en todos los centros culturales de la república y en muchos del exterior.

A los hijos de la Salle debe la ciencia colombiana, descubrimientos importantes en zoología y en botánica. "Los reverendos hermanos Daniel, Apolinar María, Nicéforo, Tomás Alberto, Eriberto, Elías, Ginés, Idinael, han hecho la his-

toria de la nueva expedición botánica cuyo esplendor de gloria, continúa dando luz a la patria querida”.

En este infatigable e incansable apóstol de juventud que enseña la verdad, la exactitud y la omnipotencia del Ser Supremo reflejadas en sus obras, se encuentran reunidas, como en todo hombre que realmente vale, la sencillez, la sabiduría y la santidad. De ahí que con acierto y con justa y sobrada razón, tanto sus discípulos como sus hermanos de comunidad lo llaman el hermano de las tres eses: Sencillo, Santo y Sabio.

“A hombres silenciosos y constantes como el Hermano Daniel, debe la humanidad todas las comodidades de que disfruta en el siglo XX. Cerebros como el suyo, fueron los que arrancaron a la sombra el plan estructural del universo; vigiliias parecidas a las suyas, ordenaron el ritmo, sometieron los fenómenos al freno de las leyes y abrieron el camino a esta variedad de inventos de que ahora disfrutamos sin darles trascendencia, aunque limitan con las propias fronteras del milagro”. Su nombre se suma al de tantos otros, que bajo la dirección de la Iglesia, han demostrado la existencia de Dios, la han glorificado, porque “el catolicismo no solamente conduce al hombre al Cielo, sino que también suscita la belleza y la gloria sobre la tierra”, para afirmar siempre la existencia del Ser Supremo.

La Universidad Pontificia Bolivariana, da hoy un nuevo paso de avanzada en su encomiable e imponderable labor educadora, al otorgar en esta solemne ceremonia, las simbólicas palmas académicas que acreditan como su Doctor Honoris Causa en Ciencias Naturales al Hermano Daniel. Premia así a nombre de la Iglesia, y para su gloria, la labor de este ilustre, humilde, virtuoso, sabio, y ejemplar religioso, que con tranquilidad absoluta, puede, a la hora de rendir cuentas, devolver acrecentados los innumerables talentos que le entregó la Providencia.

---

## EL ESPIRITU Y LA CIENCIA

### *Discurso del Hermano Daniel*

En una ocasión como ésta todo un cúmulo de sensaciones acuden a fin de hacerse presentes ante los testigos de ella. Verdaderamente hacen falta las palabras para expresar lo que debería manifestarse en primer término: sensación de profundo agradecimiento ante el rector ilustre de esta Universidad. Sensación de insuficiencia de la persona frente a este inmerecido homenaje. De pequeñez de la obra realizada la que aparece en marcado contraste con las obligantes y bondadosas palabras pronunciadas por el distinguido vocero de la Universidad doctor Ernesto Bravo Betancur, destacado profesional de la misma Universidad Pontificia Bolivariana y apreciado amigo de hace ya muchos años.

Indudablemente, la benemérita Universidad con monseñor Félix Henao Botero, su rector magnífico, más que una distinción personal, ha querido relieves a una comunidad religiosa que por espacio de 70 años ha estado formando la intelectualidad y el espíritu de una parte de los habitantes de esta ciudad de Medellín. Más que un enfoque de pequeñas dimensiones, limitadas a una persona hay aquí una proyección más extensa que abarca las realizaciones y las obras de varias generaciones que a través de este tiempo han desfilado portando en

alto más que las insignias de un aprendizaje mecánico, realista y más ligado con los menesteres materiales; los símbolos espiritualistas de unas convicciones y de unos ideales asimilados en el batallar incesante por todo un cúmulo de almas sedientas de ideal y de saber.

Frente a este aspecto así contemplado, también la Universidad Pontificia Bolivariana tiene el orgullo legítimo de presentar sus escuadrones cerrados que, desde su fundación, bajo los venerables auspicios de monseñor Sierra, se esfuerzan por colocar en alto los estandartes del ideal antes que los de la materia, por alcanzar la anhelada meta que es Cristo, en oposición constante con los dardos, cargados de ingredientes letales lanzados por los que a toda costa quieren servir los intereses efímeros, bajos y engañosos preparados en la sombra por quienes quisieran derruir la construcción milenaria que perpetúa la doctrina eterna del Evangelio.

Y es precisamente ahora, en esta época cargada de nubarrones sombríos, cuando estas consideraciones adquieren su máxima importancia. La lucha secular que se ha entablado desde los comienzos de la humanidad, se plantea ahora con los recursos dados por la nueva técnica y con el refinamiento de los métodos dados por una mejor experiencia de la vida. Al amanecer de cada días los hombres presencian asombrados un nuevo invento, una conquista prodigiosa, el descubrimiento de alguna nueva ley o de una nueva aplicación de trascendencia en el campo de la investigación científica; todo ello se transmite y se hace conocer con la rapidez que permiten las ondas hertzianas hasta los últimos rincones de nuestro planeta, ya demasiado pequeño para las conquistas y las ambiciones humanas; algunos hombres de ciencia, deslumbrados por sus propias realizaciones han pensado en la divinización de la "mente humana"; se comenzó con la idolatría de la carne y los reinados de la fugaz belleza humana para terminar en la divinización del intelecto sin pensar que esta construcción falaz destruye los mismos cimientos sobre los que se sostiene esta misma "mente" hecha a imagen y semejanza de Dios. Se repetirá la historia de la "torre de Babel" en donde el hombre en su soberbia quiso avasallar el universo y terminó hundido en el polvo de sus propias miserias y pesadumbres.

*El progreso material y el arte.* — Si nos colocamos frente a todos los maravillosos descubrimientos de estos últimos lustros en donde el hombre en cumplimiento de su insaciable afán de conocerlo todo y de dominar la materia con el señorío de su inteligencia parece haber llegado a los linderos majestuosos en donde se esconde la esencia de las cosas; una serie de encontradas ideas se agolpan en la mente y conclusiones, trágicas unas y de perspectivas más sonrientes otras, surgen como por ensalmo.

Ante todo, un paralelo se presenta entre lo que el hombre ha conocido con el nombre de "arte" a través de centurias y lo que en términos generales se ha llamado el "progreso", sobre todo, si aplicamos este término al adelanto material.

Ya muchos pensadores se han mostrado profundamente alarmados ante esta doble "visión". El "arte" como producto de aspiraciones indefinibles, como representación de aquella belleza ideal que la conciencia de los seres humanos busca afanosamente, no ha podido ir a la par con el progreso material. Si así no hubiera ocurrido, la antigüedad clásica no podría exhibir con orgullo aquellas realidades escultóricas de las divinidades paganas, aquella perfección de formas, aquella reproducción perfecta de la naturaleza; el sublime Fidias no hubiera po-

dido inmortalizarse al golpe de su escoplo y sus obras maravillosas hubieran languidecido entre el desdén de sus contemporáneos. La obra Homérica, impregnada de aquella primitiva rudeza semibárbara en descripciones inigualadas del continuo guerrear entre los dioses del Olimpo y los hombres actuantes en la grandiosa epopeya de Troya, no se hubiera producido tan imponente y avasalladora, ni hubiera arrastrado en pos de sí a tantos otros artistas que en todos los tiempos han tratado de reproducir los rasgos del famoso ciego de Esmirna. La Eneida de Virgilio con toda su belleza fue solo un corolario de la *Ilíada*, así como la *Comedia* del Dante ha sido la consecuencia de la devoción de Alighieri por el inspirado poeta de Mantua.

Cuántos Fidias y cuántos Homeros, cuántos Virgilio y Horacios encontramos entre los modernos artistas? Cuántas estatuas vivas como la del Moisés de Miguel Angel hallamos en los días que corren? Con sinceridad tenemos que confesar que hoy el arte, no importan en dónde se halle representado, en la pintura, en la escultura, en la música o en la poesía, ha tenido que refugiarse en lugares solitarios para no tener que soportar la acusación de no querer seguir los dictámenes de la moda. Es cierto que en el mundo ha habido y continúan apareciendo grandes y poderosos artistas, pero también es cierto que el arte no ha sido privativo de los días del maquinismo y que en muchas ocasiones, aún en estos días atormentados, no siempre se aprecia en forma certera el verdadero sentido y el valor del auténtico arte; un pesado lastre que se difunde por todos los medios sofoca en las grandes masas populares el auténtico y delicado sentido de la belleza ideal.

*El hombre a través del tiempo.* — Podemos imaginar que el corazón del hombre tanto en las remotas épocas primitivas como en el período de más avanzada cultura, ha estado sujeto a parecidas emociones y equivalentes angustias; ha reído y ha llorado; como el caramillo del pastor que vibra al golpe de la más leve brisa, también ha vibrado frente al paso de un céfiro bondadoso como ante la tormenta de una angustia suprema; ha contado días de placidez que parecía inmovible, momentos de una diafanidad cristalina; ni una nube en el cielo límpido de la conciencia; como también horas amargas de oscuridad desoladora, ratos de conmovedora desazón, supremos instantes del alma que se cree solitaria y abandonada en medio de un deprimente ostracismo que le llena de pasmo y desconsuelo.

Ese pequeño órgano que impulsa como una admirable válvula la sangre a todos los rincones del cuerpo, símbolo de los afectos y de los deseos, a cuántas mezquindades y grandezas ha estado sujeto a través de la historia! Pasiones ruines que le llevan a arrastrar el fardo de la frágil arcilla humana por el cieno y la miseria, mientras otros afectos y otras tendencias le impulsan a remontar las alturas en busca de aires más puros y de más dilatados horizontes. Es la eterna historia de Quijote y de Sancho; el idealismo que le hace vislumbrar ínsulas a fin de imprimir en ellas el sello de la inteligencia guiada por aspiraciones de noble grandeza y el prosaico realismo que sabe únicamente colorar las miradas en las alforjas ventrudas e insaciables. Allí, Alonso Quijano el Bueno añora a la lumbre parpadeante de las estrellas, conquistas y hechos hazarñosos que han de hacer ilustre su nombre recordado por generaciones venturas... y cómo se pierde su imaginación entre aquellos castillos encantados, en medio de combates descomunales o enjugando con sus dadas los menesteres de viudas y doncellas que hacía tiempo ansiaban el apoyo de un brazo esforzado y batallador! Y cuán diferente figura hace su rechoncho escudero, ansioso de cebollas

y de rezagos de la mesa, de tranquilidad y de reposo: si alguna vez se mueve, es el botín de su señor el que lo agujonea, el famoso botín que le pertenece por derecho de conquista. Si alguna vez dialoga admirablemente y expone justas razones ante la realidad de los hechos, el más ligero asomo de ganancia acicatea sus ambiciones de bienestar. De Quijotes y de Sanchos se halla compuesto el encañamiento de la historia humana.

*Extremos y contrastes.* — Con todo, una multitud de contrastes se observan en el mundo actual, a pesar de los portentosos descubrimientos, de la avanzada cultura a que parece haber llegado la humanidad, cada ser racional es un principiante: su infancia transcurre en medio de iguales emociones y llantos y alegrías a las de los niños de todos los tiempos; llegado el momento de los primeros estudios, tiene que emprender penosamente un camino semejante y hay que formar su voluntad y doblegar sus caprichos y orientarlos adecuadamente; encauzar su inteligencia y enseñarle los caminos del renunciamiento si se quiere que no se malogre aquel representante de la especie. En resumen, todos los adelantos materiales no han logrado cambiar el corazón, ese pequeño órgano que ha sido el símbolo de los afectos y de los deseos. Como péndulo que regula las horas, permanece sujeto a un mismo ritmo a través del incesante vaivén de la cultura. Los hombres no han encontrado la fórmula para cambiar la sujeción a esas leyes permanentes y así, las mismas zozobras y pesadumbres, las mismas ansias, aspiraciones y quebrantos continúan atormentándole, las mismas emociones arrancan lágrimas a sus párpados y la muerte no detiene su guadaña tampoco, ni deja de reclamar sus inalienables derechos ante los que han logrado controlar las ingentes fuerzas del átomo.

Y hay algo más en este panorama tan heterogéneo: acaso los hombres de toda la tierra han logrado llegar a la meta de este elevado nivel de cultura? Todos se hallan en un avance progresivo como los escuadrones de un numeroso ejército que marcharán de a seis en fondo? De ninguna manera! Solo unos cuantos genios han logrado realizar los descubrimientos que hoy nos deslumbran; otros, más numerosos, han seguido a remolque de los rudimentos científicos y por último, otros, casi hasta ignoran en qué sitio del planeta se hallan. Mientras unos dirigen el timón de un poderoso tractor para roturar la tierra, otros empuñan el viejo arado de reja y aún otros, se contentan con sembrar cuatro granos en el hueco abierto por una estaca que han labrado penosamente. Naciones hay que en el curso de su desarrollo han logrado colocarse por el promedio del saber de sus habitantes en un sitio de avanzada cultura; en cambio otras regiones de la tierra nos muestran agrupaciones y tribus que descasamente han logrado traspasar su edad de piedra.

*Deseos insatisfechos y carencia de ambiciones.* — De esta suerte, mientras unos pocos afortunados, realizadores o visionarios insignes, parece que estuvieran a punto de tocar con la yema de sus dedos el "non plus ultra" en lo que a ciencia humana se refiere, hay aún seres racionales que deambulan trabajosamente llevando en la cauda de la humanidad el peso de su existencia. Y no digamos que tienen por ello estereotipada la tristeza en sus rostros; sabemos acaso de todos ellos algo de sus penas y satisfacciones? Si con lo que han alcanzado a rodear sus vidas se encuentran satisfechos, no tienen una felicidad relativa tanto como puede tenerla el que se halla rodeado de las comodidades que sabe brindar la actual civilización?

Una gran parte de la felicidad se halla en la satisfacción de las codicias y de los deseos; si estas codicias y estos deseos se hallan limitados, o porque no experimenta la necesidad de lo apetecible, o porque no se conoce esta nueva necesidad, no existe, entonces, una parte de la satisfacción cumplida? Por lo demás, es acaso este nuestro siglo del átomo y de los satélites artificiales el portador de la felicidad terrena tantas veces ansiada? No podemos creerlo cuando vemos a nuestro rededor tanto odio, tantos puños levantados al cielo, tantas necesidades ficticias perseguidas frenéticamente por una sociedad que paulatinamente va perdiendo sus valores espirituales para abrazarse cada vez más al barro y a lo efímero.

Al llegar el hombre a este punto álgido de su progreso material, un serio examen de conciencia se impone; tal vez así vería la necesidad de rehacer tantos tesoros derruidos y tantos esfuerzos inutilizados. Si todo el poderío que ha logrado alcanzar sobre la naturaleza no ha podido impedir una de las más sangrientas catástrofes de que hay noticia en la historia, y si, como resultado de todo el milenario esfuerzo del intelecto se ha encontrado la clave de las fuerzas del universo, en el estudio de la estructura atómica de los elementos de donde ha resultado el más mortífero medio de destrucción, entonces puede decirse que no se ha dado ningún paso efectivo de adelanto. Hay una potente energía capaz de sojuzgar y mantener a raya el control de las fuerzas de la materia; esa fuerza invisible pero no menos viva es la "moral"; pero si el hombre ha desquiciado este freno poderoso, se halla entonces en víspera del derrumbe definitivo de sus actividades; sería un segundo desplome de esta nueva "torre de Babel".

Los dos platillos de la balanza en donde se colocan todos los valores del "microcosmos" se hallan en un peligroso desnivel de grandes proporciones que están preparando el advenimiento de una Vorágine de caracteres mundiales.

*El peligro de conocerlo todo menos el alma.* — El hombre, preocupado por conocer su propia estructura anatómica, la fisiología de sus propios órganos, las fuerzas físicas y químicas del mundo, ha descuidado algo más esencial y es el conocimiento de sí mismo. Desde la antigüedad Sócrates había ya tomado como divisa de su escuela "Conócete a tí mismo" y la experiencia sacó valedera su máxima: pero a pesar de los años que han corrido, se halla el hombre en una profunda ignorancia de las intimidades de su alma; ha penetrado con su escalpelo en las más íntimas partículas de su cuerpo, ha estudiado sus enfermedades, buscado sus remedios; maravillosas realizaciones ha logrado en este campo, más, las realizaciones para el conocimiento y la educación de su espíritu no han ido a la par con este conocimiento material; se desea penetrar con irresistible curiosidad en los misteriosos dominios del metapsiquismo con la hipnosis, la telepatía y todas sus secuencias, pero la educación del espíritu que trabaja allí en la parte recóndita, se la deja de lado. Un desequilibrio inmenso se ha obrado por esta causa y a estos desarreglos, a estas fallas del campo espiritual se deben todos los desórdenes y todas las desastrosas inquietudes que hoy invaden a todos los pueblos de la tierra.

*Acuerdo en la ciencia humana pero desacuerdo en la divina.* — Todos los hombres de ciencia están perfectamente de acuerdo para afirmar los mismos principios cuando se trata de las leyes físicas y químicas; hay conocimientos universales que han penetrado unánimemente en todas las inteligencias; más, no ha ocurrido lo mismo cuando se trata de dictaminar acerca de la orientación y de la educación que

## Notas

se debe dar al espíritu y a la conciencia. Dos orientadores o maestros, el uno devoto de la moral Kantiana, el otro seguidor impertérrito de la moral eterna del Evangelio, aceptarán sin discusión los postulados y corolarios de la geometría euclidiana o las teorías moleculares sobre la formación de los cristales, pero cuando se trata de algo más importante, en donde los errores serían fatales, como es el trazo del camino que debe seguir la conciencia y las normas por las cuales debe regir sus costumbres, entonces no existe esa misma unanimidad de pensamientos y surgen las disputas agrias, llevadas aún hasta sus últimos extremos. Y con todo, si en alguna cosa no debería haber falla, si en algo debiera colocarse toda la aplicación posible para no errar en los resultados, como que para cada individuo una sola vez puede hacerse la experiencia, es en este punto capital de la orientación de su espíritu. Pero qué mucho, si aún varias de estas ideologías extrañas niegan la existencia de esa parte nobilísima del hombre que llamamos "alma?". Esas gentes que han roto así sus ideales ultraterrenos, solo podrán ver como factibles aquellas realizaciones que tiendan a dar un mejor estar físico que únicamente se dirige a dar la mayor dosis de satisfacciones materiales y el mínimum de dolores sin tener en cuenta que esas mismas satisfacciones son esencialmente limitadas como limitada y fugaz es la vida de cada hombre. Y sin embargo, este ser, representante de lo minúsculo y de lo grande, de lo minúsculo si se tiene en cuenta su envoltura material con su cúmulo de ruindades y de miserias, semeja un débil vaso que puede, con todo, contener los más adorantes perfumes; es una lámpara vacilante que parpadea ante los vaivenes de lo que le rodea y que se pierde en la obscuridad de lo inconmensurable; en medio de milenios transcurre su fugaz existencia y, a semejanza de un grano de polvo, anda perdido entre millones de partículas del universo; es, además grande por sus aspiraciones, por el dominio que ha sabido ejercer sobre las fuerzas materiales y por sus ansias las cuales solo pueden ser colmadas por la eternidad.

La opinión de Alexis Carrel, cuya voz, más autorizada que estas líneas, por haber sondeado este hombre de ciencia las intimidades del cuerpo y del espíritu por espacio de más de treinta años y por el conocimiento que tuvo tan profundo de las ciencias que dicen relación al hombre, merece ser escuchada por todos aquellos que tienen algún puesto de responsabilidad en la conducción de las diversas agrupaciones sociales. En su conocida obra escrita para todas las inteligencias: "El hombre un desconocido" anotó muchas de las fallas de la actual educación de las masas. En el capítulo "El desarrollo de la personalidad" apuntó lo siguiente:

"Sabemos que los seres humanos como individuos que son, no pueden ser educados en masa, y que la escuela no es capaz de reemplazar la educación individual dada por los padres. Los profesores llenan a menudo en forma satisfactoria su papel intelectual. Pero es indispensable, además, desarrollar las actividades morales, estéticas y religiosas del niño. Los padres tienen en la educación una función que "no puede abdicar" para la cual deben estar preparados".

Pero, decimos nosotros, no parece que la gran masa se halle con esa preparación necesaria que demandan las circunstancias. El gran fisiólogo francés anota asimismo las causas de esta desadaptación. "La civilización moderna —dice— se encuentra en situación sospechosa, por que no nos conviene. Ha sido construída sin conocimiento de nuestra verdadera naturaleza. Es debida al capricho de los descubrimientos científicos, de los apetitos de los hombres, de sus ilusiones, de sus teorías, de sus deseos. Aunque "edificada por nosotros, no está hecha a nuestra medida!".

*Una ciencia a la que se quiere materializar.* — Y como si todo este panorama sombrío fuera poco, a este lastre humano quiere añadirse el funesto colorido que resultaría de la interpretación materialista de la ciencia y de la vida; se quiere hacer decir a la ciencia lo que ésta jamás ha dicho ni puede decir. Si una adquisición científica hace vacilar los fundamentos de una doctrina mecanicista, se inventa una hipótesis y en ese caso se prefiere la hipótesis a la realidad ya perfectamente comprobada. Si las leyes de Juan Gregorio Mendel, por ejemplo, si los experimentos tan significativos y claros de Morgan en la transmisión de la herencia por medio de los cromosomas estorban para una tesis filosófica, hay que inventar una nueva teoría que se oponga a los hechos. Y esa nueva teoría ha resultado expuesta por Mitchurin y por Lysenko quienes han formado el famoso cisma científico que ha de favorecer toda una serie de tesis políticas y racionalistas.

Nadie en el mundo actual de la biología desconoce la personalidad multiforme del escritor y biólogo Jean Rostand; todos saben también que no es un hombre religioso ni mucho menos y que el “positivismo” y el “cientismo” van guiando sus actividades de laboratorio con sus célebres ranas, pero todos saben también que por lo menos hay que abonarle su honradez científica y que para él solamente cuentan los hechos como buen positivista que es. Pues bien, Jean Rostand es ahora el principal obstáculo para que avancen las tesis antimorganianas y antimendelianas; las tesis de Mitchurin apoyadas por Lysenko han encontrado una poderosa barrera en sus estudios y en sus afirmaciones; en sus obras “Las grandes corrientes de la biología”, asienta esta frase plena de concisión y de significado: “Cuidémonos de dar a los Cromosomas una intención política”. Y en el capítulo titulado “Ofensiva de la escuela de Mitchurin” afirma categóricamente: “Sectarismo, absolutismo ideológico, nacionalismo ingenuo, estimación sumaria y tendenciosa del adversario... en las 580 páginas que forman el mencionado volumen, apenas se encuentran unas líneas dedicadas a la discusión de los experimentos. El gran sistema no es oponer hechos a otros hechos, ni siquiera interpretaciones a otras interpretaciones, sino pegar a cada hombre una etiqueta”.

Cita luego Rostand toda una serie de frases sacadas de las discusiones que sobre este tema se llevaron a cabo en Leningrado en 1948. Entre otras señalamos éstas: “Hay una ciencia biológica para el oriente de Europa y otra para el occidente; una para los leninistas y otra para los capitalistas que siguen con la teoría que se pudre de Mendel y de Morgan”. “Niegan la continuidad de los cromosomas —continúa Rostand— ese mito (como lo llaman) así como la reducción cromosómica, e incluso el mecanismo cromosómico de la determinación del sexo les parece sospechoso”...

“No podemos —sigue diciendo Rostand— hacer aquí una crítica profunda de todas estas afirmaciones. Nos contentaremos con recordar que la genética clásica —la genética mendelo-morganiana, si se quiere— conduce desde hace medio siglo de descubrimiento en descubrimiento”.

Frente a esta ciencia que quiere construirse con el derrumbe y con los escombros de las más serias y largas investigaciones de la ciencia universal, no causa extrañeza sino más bien compasión y desdén aquellas otras afirmaciones que todos los periódicos del mundo recogieron hace poco de sabor totalmente ateo: “Dios no existe porque los satélites no lo han encontrado hasta ahora”. O bien aquellas otras propagadas por la Gaceta “Litteraturnaia” a través de Radio Moscú del profesor Agrest quien dice: “que está bien claro que aquel fuego y azufre que llovió sobre las ciudades de la Pentápolis no era otra cosa que una explosión nu-

clear y que aquellos jóvenes enviados a Lot con el objeto de que se salvara, de que "huyera a las montañas sin mirar hacia atrás y sin detenerse en ninguna parte" no eran otros que "astronautas llegados de otro planeta".

Pero todo esto que así se lanza a las conciencias a modo de globos-sondas, no es otra cosa que el eco de otros aspectos que se hallan unos en marcha y otros en proyecto para dentro de poco tiempo; es el anuncio de la "liberación" de las conciencias de todo freno religioso con la creación de cátedras de ateísmo y de universidades en donde esta "materia" ha de ocupar el primer plano. Todo ello constituye el preámbulo de aquellos golpes sonoros de los cascos que recorren la estepa con rumores apocalípticos de tragedia espiritual! Es el jadear incesante de aquella lucha secular que tiene aferrados a los hombres a la arena como en los viejos circos; aquí de nada vale la espera, nada representan los indiferentes, los que creen que la lucha y la tragedia pasarán sin tocarlos; todos serán arrastrados por la vorágine. Dichosos aquellos que habrán jalonado su camino al pie de la Cruz incommovible y victoriosa! Los que habrán colocado su pequeño grano de arena en la gigantesca labor de la reconstrucción espiritual del mundo. Los que en la feliz expresión de Monseñor Fulton Sheen, se han quedado con Cristo y con la Cruz, no como los hombres entregados al marxismo que se han quedado con la Cruz pero sin "Cristo" o como los pueblos de occidente que se están quedando con Cristo pero sin la Cruz!

*La fecha conmemorativa: 25 años de acción.* — Al comenzar estas líneas, expresé que lo que hoy se hace es más el homenaje a una comunidad que ha procurado hacer el bien que la distinción de una persona que poco representa por la insignificancia de su labor y de su acción y que aquí han hecho más la bondad que el merecimiento.

Pero también hay algo más en la significación de estas fechas conmemorativas. Se han cumplido en estos días, 25 años de acción y de esfuerzo por parte de una Universidad que desde su fundación ha llevado el sello de la distinción y de la superación. Primero bajo la rectoría inolvidable de monseñor Sierra a quien le tocó iniciar el surco en medio de esfuerzos y de dificultades que fueron superadas, y el nutrido grupo de profesores distinguidos y de alumnos esclarecidos que hoy constituyen un florón de positiva honra para la Universidad Pontificia Bolivariana. Y hoy, bajo la conducción ágil y progresista del ilustrísimo señor Félix Henao Botero quien ha puesto su sello de dinamismo en los claustros y quien se halla asesorado por un esclarecido grupo de decanos y por una juventud universitaria estudiosa, plena de bríos y de proyectos de acción para el futuro tanto de la Universidad como de la Patria.

Al poner un punto final a estas líneas, deseo pues, expresar mi más alta administración para con estos claustros que en su juventud de tres lustros ha sembrado ideas y auténticos valores jerarquizados desde los materiales que dicen relación al trabajo y a la economía de cada jornada, hasta los valores patrióticos y espirituales con los cuales se adquiere la eternidad.

Y un Dios le pague al centro de las Universidades Pontificias de Roma, a la Nunciatura Apostólica y al ilustrísimo señor Félix Henao Botero, alma de esta distinción que hoy me abrumba y al vocero amigo, doctor Ernesto Bravo Betancur quien ha llevado la palabra en esta oportunidad.

Y a todos los asistentes que en forma tan obligante para mí han hecho acto de presencia en este claustro.

HISTORIA DE UNA FUNDACION Y ELOGIO DE UN ABOGADO GENUINO

Por Jaime Gil Sánchez

De ello hace hoy 24 años, un grupo de 14 Profesores de Derecho y 78 discípulos suyos, nos vimos obligados a abandonar el ancestral y benemérito claustro universitario que con la enseñanza de Antioquia nos estaba cobijando, en hermoso y valiente acto de solidaridad contra fuerzas extrañas a la autonomía universitaria. Así se formó el primer núcleo del árbol que hoy extiende sus ramas gigantescas hacia todos los vientos de la cultura, grabada en su corteza robusta con el punzón divino su doble apelativo de *Pontificia* y *Bolivariana* en conjunción simbólica con las “alfa” y “omega” del eternal “slogan” de la Providencia de Dios.

El procerco grupo de profesores de derecho que en histórico acto de solidaridad, desinterés y valor civil, marcó el camino a sus discípulos, estuvo integrado así: Doctores Guillermo Jaramillo Barrientos, Juan Evangelista Martínez, Félix Henao Botero, Alfredo Cock Arango, Francisco Eladio Tobar, Alfonso Restrepo Moreno, Julio E. Botero, Bernardo Ceballos Uribe, Eudoro González Gómez, Nicolás Vélez Botero, Cayetano Betancur, Bernardo Echeverri Villegas, Rafael Restrepo Maya y Manuel Restrepo Jiménez.

Para completar el profesorado de la naciente Facultad de Derecho entraron a participar en ella los juristas Doctores José Manuel Mora Vásquez, Fernando Gómez Martínez, Gonzalo Restrepo Jaramillo, José Roberto Vásquez, David Córdoba Medina y José Luis Molina, el médico Gil Jota Gil, el economista Luis Ospina Vásquez y el ingeniero José María Bernal. Todos ellos, como Monseñor Manuel José Sierra, en buena hora designado por la Arquidiócesis para regir la nueva Universidad, merecen el calificativo de Fundadores, y con ellos también don Manuel María Escobar, don Ramón Echavarría, don Julio C. Hernández, don Eduardo Gutiérrez Tamayo y el Ingeniero León Londoño, primeros integrantes de la Junta Económica que hizo posible el avance financiero de la Bolivariana. Y por su abnegada labor en la gestación espiritual de la Universidad y en su amparo por la jerarquía católica están en primera línea los nombres del Ilustrísimo Señor Tiberio Salazar y Herrera y del Reverendo Padre Germán Montoya Arbeláez, precursor insigne de la necesidad de un instituto católico universitario.

Los 78 estudiantes de Derecho que en Septiembre de 1936, hace de ello 24 años, ocuparon las duras e improvisadas bancas de la Facultad de Derecho que invocó al nacer el Santo Nombre de Cristo y la Egregia Memoria del Libertador, contestaron a lista por los siguientes nombres al llegar una mañana a las aulas del edificio comercial que, en el corazón del democrático barrio de Guayaquil, suministró en generoso comodato don Alejandro Angel:

En el 4º Curso: Manuel J. Betancur Betancur, Francisco Cardona Ramírez, Jorge de la Cuesta Cock, Manuel Echavarría David, Guillermo Echeverri Restrepo, Teódulo Franco Gómez, Guillermo Fonnegra Sierra, Gabriel Osorio Isaza, Alejandro Palacio Uribe, Arturo Tobón Acosta, Luis Javier Velásquez Mejía, Manuel S. Zuluaga Arcila.

En el 3er. Curso: José Luis Aramburo, Gonzalo Arango Escobar, Ignacio Betancur Campuzano, Jesús Arango Muñoz, Jorge Botero Ospina, Gustavo Cadavid Sierra, Alfonso Correa Bernal, Guillermo de la Cuesta Cock, Alfonso Ferrer López, Enrique González Villa, José Nicolás Jaramillo, Miguel A. Londoño Sal-

darriaga, José Mejía y Mejía, Abel Naranjo Villegas, Darío Navarro Ospina, Alfonso Noreña Angel, Bernardo Pérez Mejía, Rafael Posada Londoño, Javier Ramírez González, Eugenio Sanín Echeverri y Jaime Tobón Obregón.

En el 2º Curso: Antonio Angel Escobar, Alberto Arango Restrepo, Luis Arcila Ramírez, Bernardo Berrío Velilla, Alfonso Betancur Buriticá, Víctor Carvajal Ortega, José Castrillón Hernández, Luis Elorza Fernández, Jaime J. Gil Sánchez, Leonidas Gómez Botero, Luis López Gómez, Alberto Mejía Montoya, Juan Mejía Uribe, Gabriel Molina Cardona, Fernando Morales Cano, Jesús Muños Duque, Marco A. Peña Betancur, Jaime Pérez Vásquez, Alfonso Quintero Osorio, Hugo Restrepo Arango, Humberto Restrepo Jaramillo, Noel Restrepo Moreno, Abelardo Tamayo Vélez, Guillermo Valencia Rodas y Bernardo Vieira Jaramillo.

En el 1er. Curso: Carlos Arango Hoyos, Jairo Arango Gaviria, Jorge Luis Arango Jaramillo, Guillermo Botero Restrepo, Braulio Duque Gallo, Germán Fernández Jaramillo, Gabriel E. Gallo Restrepo, Alcides Grau del Valle, Gabriel Henao Mejía, Horacio Londoño Pardo, Guillermo Martínez Villa, Fernando Mora Mora, Víctor Pacheco Osorio, Ramón Quirós Monsalve, Pedro Nel Posada Giraldo, Gustavo Restrepo Gómez, Jorge Ríos Gutiérrez, Cenón Sierra Sierra y Gabriel Zapata Cadavid.

Dios cobró ya su diezmo de almas en la grey de los Fundadores de la Universidad Pontificia Bolivariana, y con El están, a manera de embajadores y cónsules de aquélla ante el Supremo Creador:

Monseñor Manuel José Sierra, el Rector austero y viril que puso a marchar, con certera conducción, el instituto cultural puesto bajo su mandato; el doctor Juan Evangelista Martínez, no igualado Profesor de Derecho Civil y Decano paternal y benévolo en el trato personal pero firme y justiciero en la marcha de la Facultad; el doctor Manuel Restrepo Jiménez, uno de los más notables juristas que ha tenido Antioquia, a la vez que generoso Mecenas, a costa de cuyo bolsillo pudieron hacer sus estudios muchos profesionales; el doctor Julio E. Botero, ameno exégeta del Código de Comercio y uno de los pilares más firmes de la fundación de la Facultad; y el doctor Bernardo Echeverri Villegas, quien demostró, como tantos otros, la excepcional aptitud del abogado para la promoción y dirección de las empresas industriales. Y del grupo de estudiantes Fundadores fallecieron: Manuel J. Betancur Betancur, quien ya terminados sus estudios dictó en la Facultad por mucho tiempo las cátedras de Derecho Romano, y cuyas excepcionales dotes de conductor político hoy hacen falta al Partido que lo tuvo como uno de sus jefes natos; Francisco Cardona Ramírez, talento privilegiado y uno de los dirigentes efectivos del grupo Fundador; Abelardo Tamayo Vélez, filósofo y jurista de altos quilates, ahogado en aguas traicioneras del río de la comarca donde honraba la judicatura; Alcides Grau del Valle, alegre y expansivo como las maracas con que supo animar la vida universitaria, y noble en la amistad como su señorial tierra cartagenera, fue una víctima más del accidente automovilario; y Gustavo Restrepo Gómez, quien brilló en el foro de Barranquilla y pereció en el funesto accidente de "El Tablazo", cuando viajaba en el acucioso ejercicio de su profesión....

Que la Luz Perpetua alumbré a los compañeros fundadores que ya dieron el fúnebre paso a la Eternidad!...

La Universidad Pontificia Bolivariana exhibe hoy como sus más frescos y prometedores brotes un grupo de Facultades adaptadas a las necesidades modernas; Arquitectura y Urbanismo, Ingeniería Eléctrica, Química Industrial, Ingeniería Mecánica, Facultades Femeninas etc. Pero la semilla y las raíces que

configuraron y mantienen a la Universidad que “nació gigante” las dieron ese compacto grupo de Profesores y Estudiantes de Derecho que un día, con valor, con fe, con audacia, y acaso sin alcanzar a medir en el tiempo y el espacio la magnitud de su aventura, fueron, como Moisés, como Colón, como Bolívar, el maravilloso instrumento de la Omnipotencia Divina!...

Por ello, es doblemente significativo que el dotar de casa propia a la Facultad de Derecho, Alma Mater de la Universidad Pontificia Bolivariana, se sitúen en ella, sobre la más bella avenida del centro de la capital antioqueña, con las dependencias principales de la entidad, el “Consultorio Pío XII” para gratuitos servicios de abogacía a los escasos de fortuna, y la “Radio Bolivariana”, voz poderosa de difusión cultural católica, cuya inmensa misión tiene todavía mucho camino por hacer. Y, por ello también, es noble homenaje a todo el grupo de Fundadores que, en esta fecha simbólica, la Universidad Pontificia Bolivariana coloque la Medalla de “Honor al Mérito” en la ascética figura de uno de sus capitanes, el profesor-decano doctor Guillermo Jaramillo Barrientos, genuino representativo del más elevado concepto del abogado!...

Si durante veinticuatro años el doctor Jaramillo Barrientos ha mantenido un semillero de ética jurídica y de elegancia profesional desde su cátedra de Práctica Forense, ha cumplido también veinte aniversarios en la fatiga moral y física del noble y laborioso ejercicio del cargo de decano de la Facultad de Derecho: difícil fue, por aquellos tiempos, encontrar la figura forense que pudiera reemplazar sin desdoro al fundador-decano, doctor Juan Evangelista Martínez, quien con Dios está. En la elección del profesor Guillermo Jaramillo Barrientos se ve, evidente, el dedo de Dios indicando, certeramente, el digno sucesor para una larga travesía hacia una “tierra prometida” para la cultura jurídica universitaria. Austero en su vida pública y privada, claro y constante en su labor docente, elegante y pulquérrimo en el ejercicio profesional, equipado con el don de consejo y la virtud de la prudencia, el doctor Guillermo Jaramillo Barrientos es, ha sido, será, por excelencia, *el abogado!*... Sí, *el abogado*, no en el torcido y burlón concepto que muchos fingen tener de esta noble profesión nuestra, sino en el genuino sentido del jurista que consume su mente y su vida como intérprete, defensor y maestro de las leyes y logra desentrañar su honesto sentido, sin necesidad de parapetarse tras una influencia política o de suavizar criterios con adulaciones, promesas o chequeras.

Contra el injustamente difundido concepto que deprime a la profesión de los abogados, nuestra ciudad exhibe un cuerpo profesional de juristas en ejercicio que talvez no pueda ser superado en su conjunto por ningún otro gremio. Son las figuras cimeras de los ilustres desaparecidos, desde Luis Eduardo Villegas, Fernando Vélez, Alejandro Botero Uribe, Lisandro Restrepo y Libardo López, hasta Estanislao Zuleta Ferrer, Pedro Pablo Betancur, Juan Evangelista Martínez y Manuel Restrepo Jiménez, entre tantos más, de grandes conocimientos y ética insospechable, en todas las épocas del foro antioqueño. Y son, en el ejercicio actual e independiente de la abogacía, y hablando en lenguaje profesional bolivariano, un Miguel Moreno Jaramillo, un Rafael Restrepo Maya, un José Manuel Mora Vásquez, un Alfonso Restrepo Moreno, un Jaime Tobón Obregón, un Luis Arcila Ramírez, un Carlos Arango Hoyos, a manera de ejemplos de abogados eficaces, honestos y de destacado brillo jurídico... En tan lucido foro y a la cabeza del mismo, se destaca la figura de Guillermo Jaramillo Barrientos, como modelo excelente de lo que ha sido y lo que debe ser *un abogado!*...

Y, en verdad, qué es lo que ha de ser y hacer un abogado?:

## Notas

Al ser recibido como socio honorario del Colegio de Abogados de Buenos Aires, el notable jurista uruguayo Eduardo Couture promulgó los diez “mandamientos del abogado”, que no resisto al deseo de recordar, no obstante estar hoy muy difundidos entre nosotros, porque en el humanísimo espejo de esos nobles preceptos del famoso abogado de Montevideo estoy viendo nítidamente reflejada la estampa moral y profesional del doctor Guillermo Jaramillo Barrientos, cuyo atuendo físico, aureolado hoy por respetables canas, muestra en su apacible fisonomía y en su noble figura la paz de su espíritu:

“1º *Estudia.* - El derecho se transforma constantemente. Si no sigues sus pasos, serás cada día un poco menos abogado.

“2º *Piensa.* - El derecho se aprende estudiando, pero se ejerce pensando.

“3º *Trabaja.* - La abogacía es una ardua fatiga puesta al servicio de la justicia.

“4º *Lucha.* - Tu deber es luchar por el derecho; pero el día en que encuentres en conflicto el derecho con la justicia, lucha por la justicia.

“5º *Sé leal.* - Leal para con tu cliente, al que no debes abandonar hasta que comprendas que es indigno de ti. Leal para con el adversario, aun cuando él sea desleal contigo. Leal para con el juez, que ignora los hechos y debe confiar en lo que tú le dices; y que, en cuanto al derecho, alguna que otra vez, debe confiar en el que tú le invocas.

“6º *Tolera.* - Tolera la verdad ajena en la misma medida en que quieres que sea tolerada la tuya.

“7º *Ten paciencia.* - El tiempo se venga de las cosas que se hacen sin tu colaboración.

“8º *Ten fé.* - Ten fé en el derecho, como el mejor instrumento para la convivencia humana; en la justicia, como destino normal del derecho; en la paz como sustitutivo bondadoso de la justicia; y sobre todo, ten fe en la libertad, sin la cual no hay derecho, ni justicia, ni paz.

“9º *Olvida.* - La abogacía es una lucha de pasiones. Si en cada batalla fueras cargando tu alma de rencor, llegará un día en que la vida será imposible para ti. Concluido el combate, olvida tan pronto tu victoria como tu derrota.

“10º *Ama a tu profesión.* - Trata de considerar la abogacía de tal manera, que el día en que tu hijo te pida consejo sobre su destino, consideres un honor para ti proponerle que se haga abogado”.

No tan conocida como esos hermosos “mandamientos” es la obrita, corta en extensión pero inmensa en contenido, en que el mismo abogado Couture desarrolló separadamente cada uno de sus preceptos, y nos demuestra, elocuentemente, que la abogacía es, al mismo tiempo, *arte y política, ética y acción.* Y dice:

“El estilo de la abogacía no es la unidad, sino la *diversidad.* Busquemos, en la experiencia de nuestro tiempo, al *bonus vir ius dicendi peritus*, al puro abogado cuya actividad puede simbolizar a todo el gremio, y es bien probable que no lo hallemos a nuestro lado.

“Este es político y ejerce su abogacía desde la tribuna parlamentaria, defendiendo, como decía Dupin, apenas una causa más: la bella causa del país. A-

qué la desempeña desde una pacífica posición administrativa, poniendo sólo una gota de su ciencia al servicio de determinada función pública. Aquel otro la honra como juez, en la más excelsa de las misiones humanas. Aquél la sirve desde los directorios de las grandes empresas, manejando enormes patrimonios y defendiendo los esperados dividendos. El otro se ha situado en la Facultad de Derecho y desde allí, silenciosamente, va meditando su ciencia, haciéndola progresar y preparando el vivero para la producción de los mejores ejemplares. Aquél la sirve desde el periodismo y hace abogacía de doctrina desde las columnas editoriales, alcanzando el derecho como el pan de cada día a la boca del pueblo. El de más allá es, únicamente, abogado de clientela comercial y sólo se ocupa de combinaciones financieras. Aquél ve cómo la atención de sus intereses particulares, sus negocios, su estancia, sus inmuebles, le demandan más atención que los intereses ajenos. Aquel otro, que ha conciliado la misión del abogado con la del escribano, ve cómo la paciencia del notario se ha ido devorando los ardores del abogado. Y aquél que ejerce solamente la materia penal, en contacto con sórdidos intermediarios, especulando con la libertad humana para poder percibir su menudrugo, pues sabe que lograda la libertad se ha despedido para siempre la recompensa. Y el que ejerce en las ciudades del interior y recibe sus clientes antes de que salga el sol; y el que saca aún la cuenta de sus primeros asuntos; y el que poco a poco ha ido abandonando sus clientes para reservar su fidelidad a unos pocos amigos; y el que ya no tiene procurador, ni mecanógrafo, y sube afanosamente las escalas de las oficinas en pos del papel que su menudo asunto requiere; y el magistrado jubilado que vuelve melancólicamente a suplicar la justicia desde el valle luego de haberla dispensado desde la cumbre; y el que ejerce a la norteamericana, medio abogado y medio detective; y la joven abogada que defiende los procesos de menores con el ansia encendida de la madre que un día habrá de ser; y el profesor de enseñanza secundaria que corre a escuchar un testigo luego de haber disertado sobre la despedida de Héctor y Andrómaca; y tantos, y tantos, y tantos otros... Podría decirse que no existe la abogacía; que sólo existe una multitud de abogados...".

Entre nosotros como en la sureña tierra de las pampas orientales del Uruguay, el abogado es múltiple en actividades disímiles, y triunfa en todas ellas, aunque, por no rara paradoja, esa victoria mental y efectiva no traiga al hombre de leyes, sino en raros casos, la fortuna económica ni la gratitud que deparan otras profesiones. Pero, ya lo dijo la Sabiduría Eterna en las páginas bíblicas del Eclesiastés: "Y observé que debajo del sol, ni la ventaja en la carrera es de los ligeros; ni de los valientes la victoria en la guerra; ni el pan para los sabios; ni para los doctos las riquezas; ni de los peritos en las artes es el crédito; sino que todo se hace como por azar y a la ventura...".

Tomado el grupo de abogados fundadores y descontados los fallecidos y unos pocos que no culminaron la carrera, se encuentra que no llegamos a la mitad los que ejercemos actualmente la abogacía en forma autónoma al servicio del público; los restantes se dividen, a partes iguales, más o menos, en tres sectores: funcionarios de la administración pública; empleados particulares de dirección o asesoría técnica; y negocios propios diversos de la abogacía. Esta estadística, fruto de una información no llevada a sus extremos, nos da una idea de cuál es la orientación que, para la época moderna, debe darse a los estudios de la Facultad de Derecho: Las empresas particulares toman hoy más abogados a su servicio que la administración pública y que la rama judicial. De allí que en Colombia, como en todo el mundo, se haga urgente preparar a los nuevos juris-

tas para la dirección de todas las múltiples y complejas actividades económicas de la época: los seguros, los transportes, las sociedades mercantiles, la intervención de cuentas y la actividad financiera. Esta facultad ha avanzado en este punto más que otras del país, pero es preciso, y sé que en este concepto me acompaña la experimentada opinión del Doctor Guillermo Jaramillo Barrientos, ir más adelante, y crear, para el abogado, la especialización en "administración de negocios" en forma de curso opcional e intensivo para pregraduados o postgraduados. Así lo solicito con convicción firme a los ilustres dirigentes de la Universidad, a nombre de una juventud estudiosa que ve con angustia y desconcierto la terminación de sus estudios jurídicos al encontrar copadas las plazas judiciales y la clientela profesional independiente.

Sin prevención ni desapego a las otras profesiones doctorales —soy hijo de un médico cirujano y nieto por línea materna de un ingeniero de minas, y de una y otra cosa me enorgullezco—, creo fundada y arrogantemente en la superioridad intelectual del jurista y en su mayor capacidad, por lo versátil de sus estudios y su mejor ubicación humanística, para la dirección del Estado y también para la promoción y administración de las empresas privadas, aún de las aparentemente ajenas a sus conocimientos, como gerenciar una urbanización o regentar una empresa de energía eléctrica, porque toda empresa o entidad necesita un cerebro, que es el abogado, aunque deba tener brazos, que son los ingenieros, y bolsillos, que pueden ser los economistas, nueva profesión que se lleva todas mis simpatías. Siempre el abogado estuvo en el comienzo de las más atrevidas y variadas aventuras humanas: abogado fue el Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, quien dirigió la Epopeya de la Conquista en nuestro país y le fabricó una hermosa capital; y abogado fue Camilo Torres, el artífice estructural de las razones de nuestra Independencia; y abogado, antioqueño por cierto, aquel José Félix de Restrepo, que trazó los fundamentos de la abolición de la esclavitud; y abogados fuimos y somos quienes comprendimos a tiempo que la Universidad Bolivariana no debía permanecer limitada a una Facultad de Derecho, sino abrir sus brazos inmensos a todos los vientos de la ciencia y de la técnica y dotar al país de expertos en los diversos conocimientos profesionales y formados en una estructura social-católica, que es la que salvará a Colombia de los disímiles pero convergentes peligros de una ideología comunista que está al acecho y de un paganismo capitalista que nos ahoga.

La abogacía ha sido y es una actividad constructiva, en el más elevado sentido espiritualista y en la más real concepción del progreso humano. Pero es necesario colocar los estudios de los futuros hombres de leyes, en la justa manera de que se capaciten para no entregar las riendas que siempre tuvieron del gobierno de los pueblos y de los hombres.

Doctor Guillermo Jaramillo Barrientos; Tengo la certeza de que usted, como el que más, merece el bello calificativo de genuino *abogado*, en el hermoso sentido que ya promulgaba, en Francia y en el siglo XVII, Canus, cuando decía:

"He aquí lo que hay que agregar para hacer completa la idea de un verdadero abogado: sacrificarse uno mismo y todas sus facultades al bien de los otros; dedicarse a largos estudios para fijar las dudas que el gran número de nuestras leyes, multiplica; hacerse orador para hacer triunfar la inocencia oprimida; considerar la dicha de tender una mano de socorro al pobre como una recompensa preferible al más expresivo reconocimiento de los grandes y de los ricos; defender a éstos por deber, a aquéllos por interés; tales son los rasgos que caracterizan al *abogado*... Pero sus funciones no son solamente las de hablar o

de escribir para la defensa de los derechos, del honor y hasta de la vida de los que a él han acudido. Su ministerio no es menos importante cuando, de mano prudente, traza la ruta que ha de seguirse para asegurar convenciones justas; o cuando por reflexiones bien llevadas comunica a sus clientes el espíritu de paz del que él está animado...".

La condecoración bolivariana de "Honor al Mérito" otorgada a usted, querido profesor, generoso colega, y dilecto amigo, doctor Guillermo Jaramillo Barrientos, es, nada más ni nada menos, que un acto de la justicia distributiva!...

---

## RESPUESTA AL DISCURSO ANTERIOR

*Por Guillermo Jaramillo Barrientos*

Estoy confundido con las expresiones generosas del discurso que acabamos de oír, de un bolivariano fundador, profesional y catedrático. Ha expuesto con maestría sobre esta profesión nuestra, difícil, exigente, ingrata en ocasiones, bella en todas sus facetas.

Es difícil ésto de corresponder con palabras a estas atenciones hechas personalmente, para lograr algo distinto a los agradecimientos de usanza.

Veó que soy el primero en ser distinguido con la medalla del mérito bolivariano. Si vamos a la realidad, convendremos en que hay más bondad que razón, porque esta Universidad es el producto de la cooperación de múltiples esfuerzos. Son muchos los que deben ser condecorados.

Desde la fundación han crecido estos claustros por el tesonero empeño común. El éxito está a la vista. No soñaron los fundadores este desenvolvimiento rápido y admirable, esa fecundidad para el nacimiento de nuevos sectores, esa fecundidad para el nacimiento de nuevos sectores, esa extensión de orientaciones, esos edificios nuevos, áulas y cátedras, esos afanes multiformes, que se contemplan ahora en proyectos que parecen creaciones de optimismo y que van camino de realidad. Nos han brindado los hechos más de lo que pudo crear la imaginación en la alborada.

La simiente se desarrolla con espontaneidad cuando se siembra en tierra fértil. El edificio tiene base de firmeza en la solidez de las fundaciones. El proceso ascendente de esta fundación científica se debe a la buena semilla y al suelo abonado donde se plantó. La firmeza de esta estructura se encuentra en las bases en que fué cimentada: Católica y Bolivariana.

Son pago parcial de deuda los dos bronceos que decoran la ciudad universitaria. A su tiempo vendrá otro bronceo, cualquiera lo adivina y todos saben porqué.

En la sala rectora de esta Facultad, ya terminada su arquitectura, estará enseñando con su memoria el óleo de Juan E. Martínez que está ahora guardado en silenciosa espera en una dependencia de la secretaria, en el modesto local que aún nos alberga por unos meses.

Si fuera capaz aprovecharía este momento para un recuerdo emocionado del doctor Martínez que queda oportuno en este ambiente que fué suyo. El claustro lo forman el personal docente y dicente. El edificio no es sino el instrumento, como el cuerpo al espíritu. Aquí están muchos de los que vivieron su ejemplo.

## Notas

Vino a la vida en 1877 en esta villa de la Candelaria. Las áulas ignacianas lo armaron bachiller. Bebió y se nutrió en abundancia en las de nuestra clásica Universidad de Antioquia en la ciencia de Paulo y de Ulpiano. Ascendró su preparación como juez en la tierra de esas dos mentes aquilinas que fueron Antonio José Cadavid y Antonio José Restrepo. Elegido magistrado de nuestro tribunal de distrito, antes de recibir la investidura le otorgó borlas doctorales su Alma Mater. Honró y abrigó ese órgano judicial con sus fallos desde 1912 hasta 1928. Regentó la cátedra de derecho civil desde 1919 en la Facultad de Derecho de la Universidad donde se formó y fué decano de ella. Su nombre de fallador lo elevó a Corte Suprema, el sillón más alto a que puede llegar un profesional en Colombia. Allí estuvo hasta 1935 cuando retornó a sus lares.

Creada la Bolivariana llamólo el primer rector a esta facultad fundadora, la que modeló eficazmente y rigió hasta el 15 de mayo de 1940, cuando en un mar de lamentaciones condujimos sus restos, cubiertos con la bandera bolivariana, hasta el lugar común de descanso.

Certero en el concepto, como fecha que dá en el centro del disco, reposado en la dicción, claro y preciso en razonar, bondadoso por temperamento, catedrático por vocación, cristiano viejo, vida de pulcritud. Ese hombre fué un cerebro en actividad permanente al servicio de la justicia; y en tal modo la deidad de Temis lo mantuvo bajo su manto, que no dió campo a Cupido para sus flechas.

La Bolivariana ha honrado su memoria y el áula de quinto año lleva su nombre. Más que el óleo y el nombre del áula, Juan E. Martínez vive presente en el recuerdo de todos.

No pocas sentencias del magistrado están publicadas en la Crónica y en la Gaceta Judicial. Esperan a un docto que forme una selección maestra, obra utilísima que es fácil porque sobra materia ponderada. Más desafortunada es la brega del abogado en ejercicio cuyos alegatos por densos y profundos que se logren, quedan en los expedientes que cubre el polvo de los archivos.

Este pálido reflejo del antecesor contribuya a decorar la memoria del primer decano con la medalla del mérito. Así se paga otra deuda.

Cumplido ese recuerdo del primer decano, aprovecho esta oportunidad única para manifestar mi agradecimiento a todos los señores profesores con quienes he tenido el agrado de colaborar en tantos años, servidores meritísimos, algunos desde la fundación, otros desde pocos años de iniciada, otros promociones jóvenes que ya son doctos y maestros. A ellos toda alabanza y todo reconocimiento. Lo hecho es obra suya.

El doctor Gil Sánchez en pieza densa de fondo, con aporte para la historia de la Universidad, elevados conceptos sobre la profesión, sugerencias para su mejor enseñanza, y calificativos obligantes para este servidor, ha cumplido a cabalidad la misión que le fue confiada.

Por mi parte, faltan frases suficientemente amplias para expresar los sentimientos en que abunda la mente, y tengo por lo que estoy presenciando y por las atenciones que recibo, la sensación de que este acto es más hijo del aprecio de los amigos y compañeros que de merecimientos reales.